

La verdadera felicidad

Novela cinematográfica



20 cts.

La verdadera felicidad

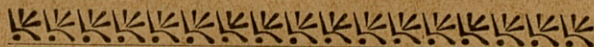
Comedia dramática interpretada por la famosa
artista Perla Blanca.

Superproducción de la Fox-Film

Programa Verdaguer



PUBLICACIONES «CINE REVISTA»
Viladomat, 108 - Barcelona



I

EL LIBRO MAGICO

Vanamente buscamos en la vida la felicidad; cuando nos figuramos aprisionarla creyendo que reside en lujosos alcáceres nos damos cuenta de que es en un humilde asilo, en un refugio de dolor donde podemos encontrarla.

Philipi y Salli, llevan cinco años de feliz matrimonio, su oficio, que mejor llamaríamos arte, es calzar al mundo elegante y en su tienda favorecida por distinguida concurrencia, encuéntranse los primeros modelos que han dado justa fama al establecimiento. En su hogar sin hijos, sólo reina una preocupación, perfeccionar cada día su trabajo, para dar satisfacción a las exigencias de la clientela. Sobre la tienda está instalada la vivienda donde transcurre la monótona existencia del laborioso matrimonio. Para Salli, es cárcel donde mueren sus ilusiones femeninas, porque ella sueña con una vida de lujo y diversiones que Philipi, consagrado en cuerpo y alma a su trabajo,

no puede proporcionarle, más el abrumador trabajo diario ahogaba en su alma esta protesta que persistía latente esperando ocasión propicia para exteriorizarse.

Entre los clientes que se calzaban en la tienda, contábase el millonario Peter Weadhersbi y su esposa, que tenían verdadera predilección por los modelos ideados por Philipi.

Otra de las asiduas compradoras, era la artista Alicia, que en la cumbre de la notoriedad y aclamada con delirio por todos los públicos, se hallaba devorada por la insaciable sed de dinero, nunca suficiente a cubrir sus enormes gastos.

Cierto día, halláronse reunidos en la tienda el millonario Peter, su esposa y Valicia. El millonario, que era un ferviente admirador del bello sexo, no dejó de darse cuenta de la belleza de la artista que, con su gesto picaresco, encontró fácilmente el modo de subyugarlo. La amistad entre el millonario y la bailarina, fué en aumento hasta atreverse Peter a escribirle varias cartas en las que le confesaba hallarse profundamente enamorado.

Trabajaba en la tienda como dependienta una joven llamada Lizzi que vivía con ellos desde que quedó huérfana y a la que el matrimonio profesaba hondo cariño.

Lizzi, si bien no tenía novio, no le faltaba su pasión favorita y era ésta la lectura a la que se entregaba durante horas enteras tragándose novela tras novela.

Así transcurría la vida en la tienda; Salli y Philipi trabajando sin descanso, Lizzi viviendo las páginas de

sus novelas favoritas y la clientela siempre exigente pidiendo nuevos modelos que sobresalieran por su elegancia y originalidad. En conseguirlos, era la obsesión de Philipi que, incluso, a las horas de comer dibujaba sobre el mantel modelos de borceguíes y zapatos.

Aunque a veces nos parezca que el destino se olvida de ciertos seres a los que deja vegetar tranquilamente no es así en realidad, como lo demuestra la inesperada aventura en que, cuando menos lo sospechaba, vióse mezclada Salli.

Para el mismo día pidieron un par de zapatos el millonario Peter y la artista Valicia y a los dos clientes prometiéndoles Philipi que los tendrían en la fecha indicada.

Llegó el día fijado para la entrega, que era viernes para mayor fatalidad, y terminado el trabajo y mientras esperaba a su esposo, vióse atacada Salli por el tedio invencible que la dominaba y mirando distraídamente a la calle donde los chiquillos en animados corros jugaban y reían reparó en una gitana que, a grandes voces, pregonaba las excelencias maravillosas del libro de la suerte que vendía por unos cuantos céntimos. Llamóla Salli, que como mujer era bastante supersticiosa y adquirió el mágico librito escuchando de la gitana la siguiente indicación para usarlo:

—Pida tres cosas, que desee ardientemente conseguir. Escríbalas en las páginas de este libro y poco tardará en verlas realizadas.

La gitana, que, como la mayoría de los de su raza, tenía muy desarrollado el instinto de la rapacidad, echó el ojo a unos magníficos plátanos que mostrá-

banse tentadores en un bien surtido frutero y para poder apoderarse de ellos agregó: "debe usted tener los ojos cerrados para que los espíritus buenos acudan".

Salli podía ser supersticiosa, pero de tonta no tenía un pelo y arreglóse de manera que los plátanos volvieran a su poder desatando hábilmente el delantal de la gitana en el que había escondido la fruta robada.

Una hora después, cuando Philipi había abandonado sus queridos zapatos, hormas, pieles, charoles y forros, Salli, ofendida e irritada por la indiferencia que hacia ella le mostraba, díjole resueltamente:

—Debe ser nuestra vida una eterna preocupación, para que los demás luzcan con el fruto de nuestro constante trabajo.

Philipi comprendió la protesta que aquellas palabras encerraban y avergonzado de que hubiese sido preciso demostrárselo de un modo tan directo contestóle:

—Tal vez tengas razón; esta noche te llevaré al teatro.

Actó seguido y dispuesto a cumplir la promesa que había hecho a su esposa, Philipi atravesó la tienda en dirección a la calle con intención de comprar dos butacas para aquella misma noche. Mas al pasar junto a un velador advirtió que uno de los oficiales había dejado abandonado uno de sus modelos predilectos. Rápidamente ocurriósele hacer en él algunas modificaciones y requiriendo el lápiz y papel instalóse en su mesa de trabajo y comenzó a dibujar.

Así pasaron tres cuartos de hora. Salli al bajar al obrador encontróse a su marido ensimismado en su tarea y preguntóle:

—¿Has comprado ya las butacas para esta noche? y oyó asombrada la siguiente respuesta:

—Tienes razón, se me ha pasado el tiempo; me he distraído y ahora es ya demasiado tarde.

Lizzi que había presenciado la escena acercóse a Salli y le dijo:

—Igual le ocurría a Ladi Vera en mi novela; su esposo no le hacía caso.

Y agregó como si sus palabras quisieran influir en el ánimo de Salli:

—Pero cierto día ella le escribió una carta que lo dejó frío y luego en la página sesenta le vuelve a dar un susto, haciéndolo creer a su esposo que iba a escaparse.

Y acompañando la palabra de la acción Lizzi alargó a Salli el libro que estaba leyendo y en una de cuyas páginas aparecía lo siguiente:

"Y ella escribió durante toda la noche; una lágrima caía en cada página. Así decía la carta: "Querido Conde, mi paciencia ha llegado a su límite, mi alma estalla, mi corazón sucumbe, mi vida es un suplicio, sólo un hombre me ha comprendido".

Salli no dejó que Lizzi terminara el párrafo, una idea vengadora había germinado en su mente.

—Pues bien, también Philipi recibirá una carta mía!— exclamó—, y dirigiéndose a su *bureau* recordando la carta de la novela, escribió las siguientes líneas:

"Querido Philipi: Mi paciencia ha llegado a su límite, mi alma estalla, mi corazón sucumbe, mi vida es un suplicio, sólo un hombre me ha comprendido y huyó con él para no volver jamás".—Salli.

La carta que Salli escribió a su marido hará que muchos se den cuenta de que dejan a su esposa en un excesivo abandono, que las induce muchas veces a buscar la ternura y el cariño, que son, para el alma femenina la esencia misma de su propia vida, fuera del hogar del que jamás deberían tener una sola queja y en el que deberían encontrar siempre encantos suficientes para que jamás pensarán en abandonarlo.

Terminaba Salli de escribir la anterior misiva cuando presentóse Philipi con las entradas que a duras penas había logrado obtener pagando a los revendedores un exorbitante precio para poder dejar complacida a su mujer y llevarla al teatro, donde esperaba poder lucir su belleza y su elegancia. También Philipi había conseguido en una tienda un magnífico ramo de flores por el que había pagado diez dólares y en una casa de modas un hermoso sombrero que al enseñárselo a Salli tuvo una amarga decepción... No le gustaba y para colmo de su infortunio en vez de agradecerle el obsequio le dedicó frases poco halagadoras para la modista que le había confeccionado resumiendo el concepto que el sombrero le merecía con las siguientes y gráficas palabras... "Parece un aeroplano sin motor..."

Mas luego, reconociendo que había estado demasiada severa para con su esposo y comprendiendo la buena intención que le había hecho comprar un sombrero

cuyo modelo había ya pasado de moda, le dijo Salli:

—Te agradezco que te hayas acordado de mí, pero... zapatero a tus zapatos.

Vendaderamente que el sombrero le caía a la gentil zapatera como si se hubiese desprendido un nido de pájaros de la copa de un árbol y hubiera aterrizado sobre su graciosa cabeza...

* * *

Cuando lleg a la noche penetra en el alma de Salli un vago deseo de escapar a la vida vulgar que lleva en la tienda entre el trabajo constante y la lluvia de encargos de los clientes, siempre exigentes y que no aceptan los plazos que ellos les dan para la entrega de sus zapatos.

Terminado el abrumador servicio del día Salli se asoma a una de las ventanas que recaen a la calle en que está instalada la tienda y contempla cómo la abigarrada muchedumbre discurre alegremente dirigiéndose hacia los centros de esparcimiento y diversión donde olvida las penalidades soportadas durante el día sujetos al duro yunque del trabajo.

Sola y entregada a sus pensamientos Salli recuerda las palabras de la gitana de que si escribía sus deseos en las páginas del libro de la suerte, los vería realizaos. Bajo esta idea toma la pluma y estampa sobre las hojas en forma de corazón los tres grandes anhelos de su vida:

"Mi primer deseo es ser la esposa de un millonario y poder obtener cuanto se compra con dinero.

Mi segundo deseo es ser tan famosa como Valicia y atraer sobre mí las miradas del mundo entero.

Mi tercer deseo es el mayor de todos, sentir en mi cuello abrazándome fuertemente las tiernas manecitas de un niño que me llame mamá..."

Después de guardar el libro depositario ya de sus confidencias y sabedor de cuáles son sus mayores anhelos en este mundo. Selly deposita la carta para su marido en el "bureau" del mismo, en uno de cuyos cajones sabe ella que debe encontrarle cuando requiera un pedazo de papel para dibujar uno de sus acostumbrados modelos...

En aquel momento y cuando apenas ella tiene tiempo de haber escondido la carta penetra Philipi y la recuerda que deben entregarse aquella misma noche los dos pares de zapatos encargados respectivamente por el millonario y por la artista Valicia que ya debe estar esperándolos con impaciencia.

II

UN MAESTRO... DE BAILE

La hermosa Valicia se halla recibiendo lecciones de su maestro de baile, un muchacho poco aficionado al trabajo y que ha visto en su profesión un medio disimulado de dedicarse a la vagancia.

En una lujosa habitación en que abundan los cuadros de mérito y los artísticos tapices, la hermosa pareja ejecuta los mil diversos puntos y figuras de

las danzas modernas complicadas de día en día por los profesionales...

Luego sentados los dos, Valicia confiesa a su maestro que los numerosos gastos a que la obliga la vida que lleva y su deseo de figurar en el mundo elegante son insoportables, necesitando cada día mayores cantidades para atender a las facturas pendientes

¡El maestro, ducho en la manera de agenciarse dinero sea por cualquier medio mientras no deba trabajar... la insinúa que siendo cierto como ella le ha confesado, que el millonario Wathersby le ha escrito cartas en las que le declara su amor, nada más fácil que obtener por ellas una buena cantidad, amenazándole con delatar a su esposa que se arriesga en aventuras galantes... ¿cómo no ha de pagar el millonario para no ver turbada la paz de su hogar...?

Resuelto a poner en práctica este plan se dirige el maestro de baile a casa del millonario.

También con los zapatos bajo el brazo la encantadora Sayll camina hacia la elegante mansión de Wathersby.

Pero antes de que ninguno de los dos pueda llegar, nosotros adelantándonos a ellos vamos a penetrar en ocasión en que el rico prócer saborea a escondidas de su mujer, las delicias de un habano... Decimos a escondidas de su mujer, porque ésta no puede soportar el humo del tabaco y la ceniza que le echa a pender sus muebles y sus alfombras... Mas la fatalidad hace que mientras lanza bocanadas de humo le sorprenda su esposa con la que sostiene una breve y acalorada disputa terminando con los duros repro-

ches de ésta que le trata de sucio y descuidado al ver que masca su puro sin importarle dónde la ceniza cae.

Cuando se encuentra de nuevo solo, sigue fumando tranquilamente y en este momento entra Sally, introducida por una doncella. Le lleva sus zapatos, y el millonario que, como ya hemos indicado, es un ferviente admirador del bello sexo, la recibe con exquisita galantería.

Hemos de hacer constar que Sally ya ha entregado a la señorita Valicia el par de zapatos que ella esperaba con impaciencia...

Al ver entrar a Sally, Wathersby intenta esconder su cigarro, pero ésta con una de sus encantadoras sonrisas, le dice:

—No se moleste, puede continuar fumando...

La alegría del millonario no tiene descripción al ver que una mujer, que por este motivo se le aparece como un ángel, le permite que fume en su presencia.

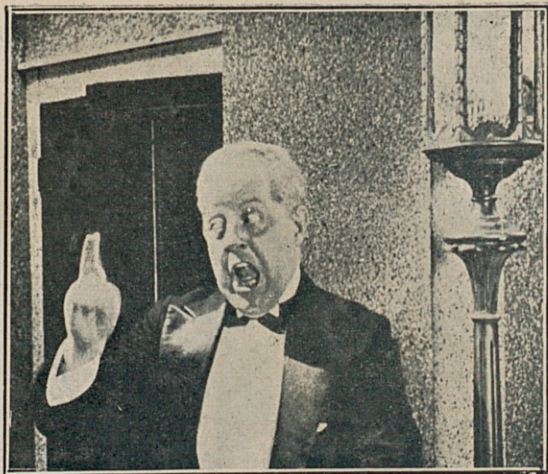
Inmediatamente la asedia a preguntas:

—¿Es usted casada y permite usted que fume su marido y que ponga los pies encima de las sillas...?

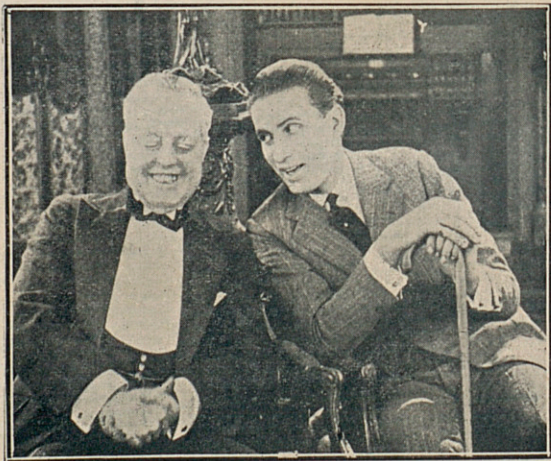
Al contestarle Sally afirmativamente a este diluvio de preguntas Wathersby no puede contener su alegría y si no la abraza por temor a recibir una soberana bofetada le dice con el acento de la más profunda convicción:

—¡Qué felicidad ser el marido de una zapatera...!

Aquella exclamación echa por tierra una de las ilusiones que tan férreamente asidas estaban en el



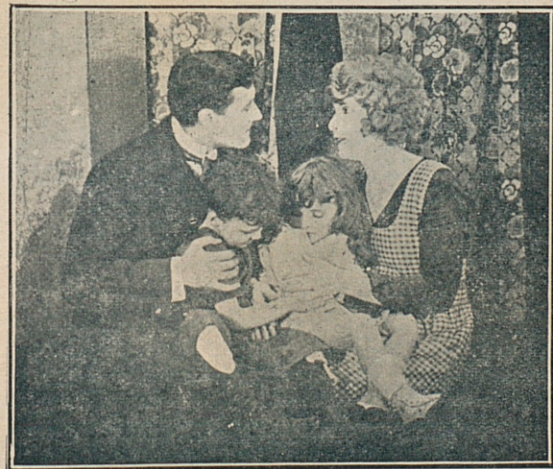
Contábase el millonario Peter Wathersby...
(Pág. 4)



—¿Una preciosa muchacha, verdad?
(Pág. 15)



Conseguir nuevos modelos era la obsesión de Philipi...
(Pág. 5)



—Por fin encontré la verdadera felicidad...
(Pág. 24)

cerebro de Sally. ¡Qué felicidad ser el marido de una zapatera...!

Esta frase la golpeaba las sienes sin que pudiera entrar en su cabeza.

Precisamente ella que momentos antes había escrito en su libro mágico que uno de sus más ardientes anhelos era ser la esposa de un millonario...

Tampoco pudo contener su sorpresa y dejó escapar de sus labios esta ingenua exclamación:

—¡Es curioso, y sin embargo yo estaba ambicionando ser la esposa de un millonario...!

Wathersby replicó demostrando el hastío que su vida de mimado por la fortuna le producía:

—Qué equivocada está usted, no sabe la tiranía a que estamos sometidos por nuestra posición social...

En aquel momento y en una habitación contigua la señora del millonario se estaba ejercitando en la gimnasia para conseguir adelgazar, y al ver que su voluminosa figura no podría disimularse sin un abrigo de pieles que debía arreglar todavía el peletero, ordenó que se mandara aviso a éste a fin de que, por una dependienta, recogiera el abrigo y lo arreglara para aquella misma noche... dando orden también a su doncella de que al presentarse la dependienta le fuera entregado el abrigo, recomendándole la urgencia del caso.

Al pagar la cuenta a Sally, el millonario sacó de su cartera varios billetes de a mil que causaron a la joven desconocida sensación, pues en su vida había visto billetes semejantes... parecía extraño que un

trocito de papel pudiera tener un valor tan enorme... una cantidad por la que ella y su esposo debían vender muchos pares de zapatos sin que alcanzaran con el beneficio a ganar la décima parte.

Naturalmente, Sally no tenía cambio de mil dólares y, mientras el señor Wathersby se dirige a su despacho para entregarla un cheque en pago del par de botas que le deja, penetra en la habitación una doncella y confundiendo a Sally con la dependienta del peletero la entrega el abrigo de la señora, ordenándola que lo arreglen inmediatamente, a pesar de que ella protesta que no sabe siquiera de qué le hablan. Por fin Sally, para no discutir con la sirvienta, carga con el abrigo.

Sally que como mujer curiosa desea examinar el abrigo a su antojo y probárselo a la primera ocasión, lo deja encima de un silla mientras espera que el señor Wathersby le entregue el cheque que le ha prometido...

En el preciso instante en que Wathersby le entrega a Sally el cheque consabido, penetra en el salón el maestro de baile de la artista Valicia que juzga la ocasión como de perlas, para su negocio, puesto que confunde a Sally con la esposa del millonario y espera sacar un brillante partido de su chantage.

Sally, que ha salido prudentemente de la estancia y que busca a la doncella para tratar de convencerla por última vez de que ella no es la dependienta del peletero, no presencia la escena entre el millonario y el maestro de baile.

Nosotros más afortunados podremos enterarnos del diálogo.

El maestro de baile con una graciosa y cínica reverencia, como si ejecutara algún tango "dernier cri", inicia los términos del negocio:

—Soy el empresario de la artista Valicia...

La cara de Wathersby se ilumina ante el recuerdo de su admirada artista a la que ha hecho objeto de persecución queriendo rendirla con ramos de flores y tiernas cartas de amor.

El maestro de baile prosigue:

—¿Una preciosa muchacha, verdad?

—Es e nrealidad una belleza—agrega Wathersby.

Deseando entrar en materia desde este instante el bailarín ya enfoca directamente la cuestión para él de primordial interés, pronunciando estas significativas palabras:

—En fin, una beldad que le costará a usted algo cara.

Y exhibiéndole las cartas recibidas por la bailarina Valicia y firmadas de su puño y letra, le deja comprender el resto de su pretensión que no pasa desapercibida para Wathersby, el cual se apresura a responderle:

—Comprendo; trata usted de venderme su silencio amenazándome con entregar las cartas a mi esposa?

Ya fuera la careta, el bailarín le expone su proposición.

—Francamente, he creído que a usted le interesaría recobrarlas y como yo soy modesto me limito a pedir por ellas cinco mil dólares.

Mientras esta conversación tenía lugar, Sally se probaba ante un espejo el abrigo de la esposa del millonario, con el que verdaderamente estaba más encantadora que su legítima propietaria.

Mas sigamos el curso de la interesante conversación entre el tenorio cazado y el chantagista profesional.

Este proseguía tratando de sacar el mayor partido posible a su negocio.

—No creo exagerado el precio—reflexione que representa la paz de su hogar—si su esposa se enterara menudo llo se armaría...

Wathersby que le tenía al "vil metal" un apego irremediable, condensó su decisión en estas palabras:

—Antes prefiero ir a la cárcel...

Contrariado por la decisión de Wathersby, pero decidido a intimidarle, intentó el amigo de Valicia un último recurso.

—Estas cartas las leerá usted en los periódicos de mañana, señor viejo verde—profriró con voz y gesto amenazador.

No se inmutó Wathersby y, viendo el negocio perdido, continuó el bailarín en tono algo más conciliador:

—No quiero que me considere usted tan interesado, se las dejo en cuatro mil.

Mientras el viejo millonario mantenía firme en sus negativas, Sally se dio cuenta de que había entregado a Valicia los zapatos de Wathersby y a éste los de la bailarina.

Para subsanar el error penetra en el saloncito donde se hallan discutiendo todavía y su presencia su-

giere a Wathersby una idea salvadora, hacer pasar a Sally por su verdadera esposa y engañar así al chantagista.

Rápido como el rayo exclama en voz baja, dirigiéndose al bailarín:

—Silencio, por favor... mi esposa...!

Este, creyendo salvada la situación ante el temor de que le revele la aventura de su marido, la saluda ceremoniosamente mientras Wathersby, acercándose a Sally la dice en voz baja:

—Según usted me ha dicho deseaba ser la esposa de un millonario, ahora puede usted fingirlo y me saca usted de un apuro de mil demonios en que me he metido por culpa de unas malditas pantorrillas que vi en la tienda de su esposo...

En aquel momento se le ocurre a Sally que su primer deseo se ha visto ya satisfecho; pasará por la esposa de un millonario.

Rápidamente se hace cargo de la situación y comprende el papel que debe desempeñar para sacar de apuros al atribulado cliente de su zapatería.

Tal maña se da Sally que logra convencer al chantagista de que le ha causado un serio disgusto conocer los devaneos de su esposo al que consideraba incapaz de emprender cualquier amorosa aventura. Al recibir las cartas de manos del aventurero, se hace la sorprendida y exclama:

—¿Pero es posible que hayas podido escribir una carta de amor a una mujer que no fuera la tuya, grandísimo pillastre?

Intenta convencer al timador de que se las entre-

gue caballerosamente, pero éste pretextando necesidad de dinero se resiste y no las quiere ceder menos de cuatro mil dólares. Entonces Sally recurre a los ademanes trágicos, aprendidos en las películas y refiere que se halla en la mayor miseria y a dos dedos de la bancarrota y para dar verosimilitud a sus afirmaciones jura solemnemente que el abrigo que lleva, los muebles, cuadros y tapices que adornan la estancia, no le pertenecen, y verdaderamente no puede ser más cierto...

—¡Ni siquiera este marido me pertenece!—exclama, fingiendo admirablemente el paroxismo de la desesperación.

Para impresionar al intruso, que casi se ha conmovido con las gesticulaciones melodramáticas de Sally, ésta se acerca a la chimenea y cogiendo un hierro enrojecido, trata de traspasarse con él la garganta...

Asustado Wathersby, trata de contenerla, pero ella en voz baja y sin dejar de agitarse, le dice: "Déjeme hacer; esto en el cine es de seguro resultado."

La comedia, a las mil maravillas representada, termina con una entrega simulada del dinero convenido, pero Sally, con una hábil maniobra digna de un prestidigitador, vuelve a recobrar el dinero y al recibir las cartas las arroja al fuego que las consume en un segundo, borrando toda huella de la aventura del millonario.

Al marcharse el aventurero, creyendo que se lleva consigo los consabidos cuatro mil dólares, intenciones le dan a Wathersby de arrojarle al cuello de Sally, que le refiere cómo logró recuperar el dinero...

Pero la efusiva entrevista, que termina con la entrega por parte de Wathersby de dos mil dólares, la interrumpe la llegada de la verdadera esposa del millonario por lo que Sally debe escapar sin poder siquiera devolver el abrigo, marchándose con él puesto.

Valicia, que ha recibido los zapatos del millonario, vese obligada a marcharse con un calzado pasado de moda, por lo que encarga a su doncella que cuando venga la dependienta de la zapatería la dirijan a la exposición de arte, a la que ella debe asistir para que allí mismo se ponga los nuevos zapatos creados expresamente para ella por el arte de Philipi.

III

¿DONDE ESTA LA FELICIDAD?

La madeja empieza a enredarse; mientras Sally se dirige a casa de Valicia para cambiar los zapatos y darle los que verdaderamente le pertenecen, llega a casa de la esposa del millonario la verdadera dependienta de la peletería y al no encontrar el abrigo cree que se lo han robado, e inmediatamente dan parte a la policía que les promete se harán inmediatamente las oportunas gestiones para recuperarlo.

En casa de Valicia no encuentra Sally a ésta y recibe el encargo de entregarle los zapatos en la exposición de arte adonde se dirige inmediatamente, llevando al brazo el abrigo de la señora Wathersby.

Las obras que se exhiben en la exposición de arte

son en su mayoría debidas al pincel del celebrado artista Herbet Temple que, a pesar de hallarse en la cumbre de la fama, no ha podido encontrar en ella la ansiada felicidad...

Un antiguo pretendiente de la señora Temple, a quien ésta despreció, la asedia constantemente y ante el temor de que lleve a cabo sus amenazas de muerte proferidas en varias ocasiones, el matrimonio vive en continua zozobra a pesar de las caricias de su hija única a la que adoran con delirio.

Al llegar Sally a la puerta de la Exposición de arte, los criados no la permiten el paso, por lo que ella recurre al ardid de ponerse el abrigo de la señora Wathersby y así transformada, nadie se atreve a negarle el acceso a la elegante fiesta. Penetra en el salón en el mismo instante en que el jurado, compuesto por varios notables artistas, anuncia al público que se concederá un premio honorífico a la dama que por su elegancia, mejor personifique a la mujer americana.

Coincidiendo la proposición del jurado con la entrada de Sally, ¿qué duda cabe que ella por su elegancia y su belleza, es la elegida?

Sally ha visto ya logrado su segundo deseo, ha sido objeto de la admiración general, atrayendo sobre ella las miradas de todo el mundo, siendo proclamada reina de la elegancia y la belleza—los vaticinios del libro siguen cumpliéndose por el mismo orden que ella los había escrito en sus páginas en forma de corazón.

Efectivamente, así se proclama en público y la se-

ñora Wathersby al ver su abrigo no puede contener una exclamación. A la fiesta asisten también Valicia y su profesor de baile, que al darse cuenta de que el señor Wathersby adquiere un cuadro titulado "Entre dos fuegos", cuyo título es harto significativo por hallarse él en parecida situación entre Sally que lleva el abrigo de su esposa y el bailarín de Valicia, el cual le dice con acento de sorda amenaza, señalándole el cuadro comprado por cuarenta mil dólares:

—Con que arruinados, ¿eh?

Desde este momento los líos y confusiones se suceden a granel—después de haber reconocido su abrigo la señora del millonario, y su abanico otra señora a la que Sally se lo había quitado para completar su golpe de efecto ante el jurado, la policía se lanza en persecución de Sally—Valicia y su bailarín aprovechan la ocasión para robar la tela, pero ésta en el torbellino que se arma se rasga, quedando inutilizada.

Al mismo tiempo el pretendiente de la esposa del pintor Temple se presenta ante ésta y después de breve discusión, la dispara un tiro dejándola sin vida...

Sally ha podido escuchar el diálogo que ha precedido a la tragedia.

Ella se negaba a ceder a las exigencias de su antiguo pretendiente y éste que insistía la ha disparado un tiro, tratando él de hacerse justicia, pero no ha tenido tiempo porque en este mismo instante ha entrado en la habitación Sally, escondiéndose el agresor en un armario ropero.

En este momento cúmplase el tercer deseo de Sally; la víctima inocente, la hija de Temple, se arroja en sus brazos exclamando: ¡mamá, mamá! mientras la abraza estrechamente contra su pecho.

Esta última visión de horror convence a Sally de que la felicidad no tiene su trono ni en las mansiones de los millonarios, ni en las fiestas bulliciosas que da el mundo elegante, ni en los mimados por la fama, los artistas triunfantes como Herbert Temple...

Acude la policía, es avisado un doctor y mientras aquélla indaga lo ocurrido y pretende averiguar por qué Sally lleva el abrigo de la señora Wathersby, suena un disparo dentro del espacioso ropero, rodando a los pies de los agentes el cadáver de Jack Smith, el pretendiente de la señora Temple, que como anunció a ésta se ha hecho justicia.

Para salvar a Sally de la acusación de robo que sobre ella pesa, pues la de asesinato que también la concernía, ha quedado desvanecida con el suicidio de Jack, Wathersby vese obligado a revelar la verdad de lo ocurrido, confesando que Valicia y su bailarín intentaban timarle, por lo que éstos son detenidos por la policía.

Herbert Temple, emocionado por lo que acaba de ocurrir, comunica la tranquilizadora noticia de que su mujer no ha muerto como se creía en un principio.

En el corto espacio de unas horas, los más fervientes deseos de Sally se han convertido en realidad; mas sin embargo la dicha que ella creía encontrar no ha podido entreverla siquiera. ¿Dónde estará, pues, la verdadera felicidad?

Regresa a su casa y una idea tortura su alma. ¿Habrá leído Philipi la carta que ella escribió en un momento de nerviosidad?

Sus temores son infundados; allí está Philipi como siempre, lápiz en ristre, dibujando un modelo para zapato de niño que, según él mismo exclama en su orgullo de artista creador, "tiene todo el encanto de un niño fuerte y sonrosado".

Vencida por el carácter bondadoso de su marido, consagrado en cuerpo y alma al trabajo del que mañana dependerá su bienestar y su vejez tranquila, Sally le confiesa su decepción con estas palabras:

—Esta noche la vida misma me ha dado una gran lección; el dinero y la fama no constituyen la felicidad...

Como complemento del reflejo de su ánimo, agrega la hermosa zapatera:

—¿Has pensado alguna vez en la alegría que nos traería un niño? Existen tantos sin hogar y sin cariño...

Impulsados por esta idea y sin confesárselo el uno al otro, se dirigen con escasas horas de diferencia al Asilo de Huérfanos de la población de donde Sally recoge una preciosa niña, pues si bien antes se había decidido por el hermano de ésta, que también permanece acogido en el mismo asilo, el niño en un rasgo generoso ha preferido quedarse él y dejar que su hermana se beneficie de los tiernos cuidados que disfrutará en el hogar de Sally...

Mas quiso la Providencia que los dos hermanitos que tan conmovedora prueba acaban de dar del amor

que se profesan no se separaran y al presentarse después en el Asilo Philipi eligió al niño llevándose a su casa sin patricular a nadie su decisión, pues quería dar a su esposa la sorpresa de presentarla su hijo adoptivo.

Y ocurrió que los dos pequeños, escondidos tras una cortina con el objeto de dar una sorpresa, fueron ellos los primeros sorprendidos al ver que se juntaban de nuevo donde sólo cariño y comodidades les esperaban.

Al descorrer la cortina y cuando los dos esposos esperan respectivamente darse una sorpresa aparecen los dos niños estrechamente abrazados y sonrientes por la alegría que les produce verse reunidos otra vez...

Ante el hermoso cuadro Salli exclama dirigiéndose a su esposo:

—Por fin, encontré la verdadera felicidad, el noble motivo de nuestra vida.

Las palabras de Salli encierran el verdadero camino de la felicidad que sólo se consigue labrando la de nuestro prójimo menos favorecido por el destino o la fortuna...

FIN

Biblioteca de novelas cinematográficas

La falta ajena Interesante novela basada en un drama de la vida moderna, según el libro de Santiago Oliver. **Precio: 40 cts.**

Su mayor sacrificio Dramática obra de la Fox Film, interpretada por el genial William Farnum. **Precio: 20 cts.**

La verdadera felicidad Superproducción de la Fox Film, protagonizada por la famosa artista Perla Blanca. **Precio 20 cts.**

Isabel de Tudor o El Favorito de la Reina Novela basada en el drama del famoso escritor inglés George Kirsckfeld. **Precio: 20 cts.**

El tren número 24 Serie de aventuras novelescas. **Precio: 20 cts.**

Carnaval Interesante novela por el gran trágico inglés Matheson Lang. **Precio: 20 cts.**

La Máscara de Hierro Narración de un hecho histórico del siglo XVII, acaecido en la corte de Francia, según la versión novelesca de Alejandro Dumas. **Precio: 20 cts.**

Todas estas obras y otras que seguirán, basadas en los más interesantes films cinematográficos, son cuidadosamente impresas con portadas a colores y escenas ilustrativas. Pedidos a Editorial Gumbau, Viladomat, 108, Barcelona